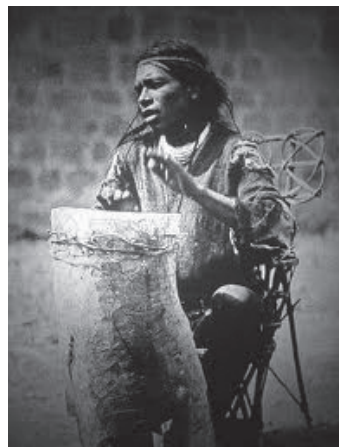


fiantes montañas, los indómitos y caudalosos ríos, las imponentes oquedades de la sierra y la inmensidad del cielo; son grandiosas muestras el *yúmari*, el *rutuburi*, el *jículi* de los tarahumaras y los mitotes (*neixa*) de los huicholes, todos con el mismo fundamento vital, y se pregunta Lumholtz ¿qué otra razón tendrían para cantar?

Lumholtz presencia, percibe, reflexiona y describe: el baile para los tarahumaras no es lo mismo que para los mexicanos o para él mismo:

La palabra con la que expresan bailar, “no-lávoa”, significa literalmente “trabajar”. Los viejos machuchos [juiciosos] echan en cara su inactividad a los lerdos y perezosos mancebos diciéndoles: “¿Por qué no vas a trabajar?”, con lo que les dan a entender que deben tomar parte en el baile en lugar de permanecer ociosos durante las fiestas. Si los tarahumares no cumplieran con los mandamientos del Padre Sol y dejasen de ejecutar las danzas, bajaría éste para quemar el mundo.<sup>26</sup>



Huichol tocando tepu.  
Foto Carl Lumholtz. Fonoteca INAH

El noruego se percata de que la danza no sólo expresa solicitud de lluvia, sino también peticiones a los dioses para que liberen de todo mal, de todo género de daños a los hombres, a los animales, a las cosechas, dice: “La tribu baila, asimismo, en caso de que llueva demasiado, como también para tener buena suerte en

---

<sup>26</sup> Ídem, p. 326.